

cuatro ó cinco mil prisioneros y treinta cañones, y nuestra caballería deja tendidos en el campo á dos ó tres mil hombres. Sacken no tiene más medio de salvación que retroceder á toda prisa, y á favor de la noche pasar de izquierda á derecha de la carretera (izquierda y derecha respecto de nosotros) y unirse al general York que había avanzado con precaución, pero que Napoleón había contenido hacia el pueblo de Fontenelle, mandando allí á la segunda división de la vieja guardia con Mortier.

Esta jornada del 11, llamada de Montmirail, era aún más brillante que la anterior. De veinte mil hombres, Sacken había perdido ocho mil entre muertos, heridos y prisioneros, y este hermoso triunfo no nos había costado más que setecientos ú ochocientos hombres, pues los viejos soldados que Napoleón había empleado esta vez, sabían cómo gobernarse para causar mucho daño al enemigo sin exponerse ellos mucho. Los días siguientes prometían aún mayores resultados, pues todo el ejército de Blücher, batido en detalle, iba sucesivamente á recibir el castigo debido á su presunción.

Todo indicaba que Sacken en fuga hacia el Marne había ido á juntarse con el general prusiano York hacia Chateau-Thierry, y que por consiguiente hacia ese lado se debía marchar. Así el 3.º de los cuerpos que componían el ejército de Silesia, que era el de York, debía á su vez encontrarse aislado enfrente de Napoleón. En la mañana del 12 de febrero, Napoleón se puso en marcha con la segunda división de la vieja guardia al mando de Mortier, una de joven guardia mandada por Ney y toda la caballería, creyendo que eso bastaría para destrozar á un enemigo en desorden. Dejó á retaguardia hacia Montmirail la primera división de la vieja guardia con Friant y otra de joven guardia con Curial, á fin de socorrer en caso de necesidad á Marmont que había quedado delante de Blücher, y de tener fuerzas que llevar al Sena por si había necesidad de acudir allí para detener á Schwartzberg. Tal era la situación: era preciso que hiciera frente por todas partes, y aun cuando le importara concentrarse en alguna para dar golpes decisivos, tenía que reflexionar bien antes de distraer fuerzas que donde estaban harían la misma falta. ¡Su arte consistía en no hacer más que lo indispensable, hacerlo á tiempo, pronto y con energía!

Partió, pues, el 12 de febrero y dejó el camino de Montmirail, que está paralelo al Marne, donde encontró al general York con cerca de diez y ocho mil prusianos y doce mil rusos que quedaban del cuerpo de Sacken, formados en columna en el camino de Chateau-Thierry. La mayor parte de la infantería enemiga estaba en masa detrás de un arroyo cerca de la aldea de Caquerets. Una compañía de la guardia enviada en guerrilla un poco más abajo de la aldea, dispersó á los tiradores enemigos, atravesó el arroyo y decidió á tocar retirada á los prusianos que veían aquel obstáculo vencido.

Atravesaron la aldea y avanzaron por el llano con las dos divisiones de infantería de la guardia desplegadas. Napoleón, que había llevado su caballería á su derecha, la ordenó que se dirigiera á trote largo hacia el flanco de la infantería enemiga á fin de adelantarse á ella por Chateau-Thierry. Esta orden fué inmediatamente ejecutada. Al ver esto, el general York envió su caballería

para resistir á la nuestra, pero el general Nansouty, con los escuadrones de los guardias de honor y los de la guardia, cargó sobre la caballería enemiga, la arrolló hacia Chateau-Thierry, acuchilló una parte y le quitó toda su artillería ligera. Nada igualaba al valor de nuestros jinetes excitados á la vez por el peligro de la Francia y por el cariño personal al emperador.

Durante este rápido movimiento de nuestra caballería para adelantar al general York hacia Chateau-Thierry, se había conseguido separar del grueso del ejército una retaguardia de tres batallones prusianos y cuatro batallones rusos. El general Letort, comandante de los dragones de la guardia, celoso de sobrepasar si era posible cuanto las tropas de caballería habían hecho en los últimos días, cargó á fondo á los siete batallones con quinientos ó seiscientos caballos, los destrozó, mató muchos hombres y recogió sobre el terreno cerca de tres mil prisioneros con una numerosa artillería. Después cayeron en masa caballería é infantería sobre Chateau-Thierry. El príncipe Guillermo de Prusia se había adelantado con su división para detener nuestra persecución, y fué destrozado á su vez con una pérdida de quinientos hombres. Entraron en confusión en Chateau-Thierry con el enemigo y aún les hicieron muchos prisioneros. Los habitantes irritados con la conducta de los prusianos, ebrios á la vez de alegría y de rabia, no daban cuartel á los soldados de York sorprendidos aisladamente, sino que los mataban ó llevaban á Napoleón. Desgraciadamente el enemigo había destruído el puente de Chateau-Thierry y el continuar la persecución era imposible. Napoleón, sin embargo, conservaba una esperanza. Al partir para ejecutar esta serie de movimientos, había informado al mariscal Macdonald de lo que iba á hacer y le había prescrito que se detuviera en Meaux y que se volviera, fuese cualquiera su estado, por la orilla derecha del Marne, prometiéndole que recogería el más hermoso botín que pudiera imaginarse.

Llegado á Chateau-Thierry, Napoleón esperó, pues, con confianza, ocupándose en restablecer el puente del Marne, y contando con que Macdonald, que debía aparecer por la otra orilla, iba á recoger á miles los prisioneros y los carros de artillería; pero en todo el día no pareció Macdonald. Este mariscal, que estaba habituado á la guerra hecha de un modo regular y en la cual descollaba, estaba incomodado con Napoleón, con sus generales y con sus soldados, porque le habían hecho venir con seis mil hombres en desorden desde las márgenes del Rin hasta las puertas de París; se quejaba de todo el mundo en vez de quejarse de las circunstancias, y preocupado con el estado de su cuerpo en lugar de aprovecharle tal como estaba, había empleado su tiempo en reorganizarlo con los recursos que le habían mandado á Meaux. Así no se encontró en la orilla del Marne en el momento decisivo en que Napoleón esperaba verle.

Este contratiempo que limitaba un poco las consecuencias de la grande maniobra de Napoleón, no impidió sin embargo que hubiese ya dado los más brillantes resultados. Había derrotado, sin más que unos mil hombres de pérdida, á tres de los cuerpos de Blücher, y sólo le quedaba uno que vencer para haber desbaratado en detalle el ejército de Silesia, uno de los dos que amenazaban el imperio, y el más temible, si no por

el número, al menos por la energía. Le había cogido ya once ó doce mil hombres y muerto y herido de seis á siete mil. Si Blücher tenía que reunirse con los restos de los vencidos, ya no quedaba nada que desear en cuanto al ejército de Silesia.

Napoleón, incansable como en los más bellos días de su juventud, resolvió no perder un momento para sacar de esta serie de operaciones todas las ventajas que aún podía prometerse. Empleó lo restante del día 12 y la mayor parte del 13 en reparar el puente del Marne con el fin de enviar á Mortier á falta de Macdonald en persecución de los cuerpos de Sacken y York hacia Soissons; y en tanto que hacía esto, tenía los ojos fijos en Montmirail, donde había dejado á Marmont en observación del cuerpo de Blücher, y hacia el Sena, donde los mariscales Víctor y Oudinot estaban encargados de contener al príncipe de Schwartzberg. Por el lado de Montmirail, Blücher no había dado señales de vida, y Marmont estaba en Etoges sin haber sido atacado. Por el lado del Sena, la situación era menos pacífica. El príncipe de Schwartzberg, después de haber dado en Troyes un poco de descanso á sus tropas, las había llevado hacia el Sena, cuyo contorno ocupaba de Mery á Montereau, y trataba de forzar el paso en Nogent del Sena, en Bray y en Montereau. Los mariscales Víctor y Oudinot resistían lo mejor que podían con los recursos que Napoleón les había dejado, pero le pedían su vuelta con premura. Cada día Napoleón les daba noticias suyas y muy buenas, y los alentaba á mantenerse firmes prometiéndoles acudir en su socorro tan pronto como hubiese concluído con Blücher.

Napoleón había pasado así treinta y seis horas en Chateau-Thierry cuando en la noche del 13 al 14 recibió de Marmont la noticia muy grave, pero muy placentera, de que Blücher, inmóvil en los días 10, 11 y 12, había al fin tomado la ofensiva y marchaba hacia Montmirail probablemente á la cabeza de fuerzas considerables. Napoleón se puso en marcha en el acto. Como ya hemos visto, había dejado en Montmirail á Friant con la división más fuerte de la vieja guardia, á Curial con una división de la joven, y había además dirigido hacia el mismo punto á la división Leval llegada de España. Una división de caballería, sacada de todos los depósitos reunidos en Versalles, había llegado igualmente á Montmirail. Prescribió á estas diversas tropas que pasaran de Montmirail á Champaubert en apoyo de Marmont, y envió allí de Chateau-Thierry la división de la joven guardia del general Munier con toda la caballería de la guardia á las órdenes de Ney. Al mismo tiempo dirigió hacia Soissons á Mortier con la segunda división de la guardia, los lanceros de Colbert y los guardias de honor del general Defrance, recomendándole que persiguiera sin cesar á los cuerpos vencidos de York y Sacken, y luego partió á galope para adelantarse con su persona á las tropas que llevaba. A eso de las nueve de la mañana llegó á Montmirail, donde encontró todas las cosas como las podía desear, pues parecía que en aquellos últimos días de favor la fortuna no le negaba nada de lo que necesitaba para que sus triunfos fueran brillantísimos.

Blücher, después de haber esperado el 11 y 12 noticias de Sacken y York, lisonjeándose de que se habrían replegado sanos y salvos hacia el Marne, había pensado

al fin en acudir en su socorro pasando á Montmirail con las tropas de Capzewitz, el cuerpo prusiano de Kleist y los restos de Olsouvieff. Estas tropas formaban un total de diez y ocho ó veinte mil hombres. Blücher había pedido además al príncipe de Schwartzberg que le enviara el destacamento de Wittgenstein por el camino de atajo de Sezanne, y con este destacamento y las fuerzas que tenía, se prometía operar contra la retaguardia de Napoleón una diversión bastante fuerte para acabar de libertar á Sacken y York, que así podían subir el Marne y juntarse con él por Epernay y Châlons. Este razonamiento era poco sensato, pues avanzando así podía encontrar á Napoleón victorioso de Olsouvieff, de Sacken y York, volviendo con sus fuerzas reunidas para caer sobre el general del ejército de Silesia, y acabar con el jefe después de haber concluído con sus capitanes.

En la mañana del 13, Blücher había salido de Ver-tús, había subido á la meseta sobre la cual están situados Champaubert y Montmirail, y hecho retroceder á Marmont que, no teniendo más que cinco ó seis mil hombres que oponerle, se había retirado sucesivamente hacia Champaubert, Fromentieres y Vauchamps. De este punto escribió Marmont el 13 por la noche á Napoleón. El 14, esperando su llegada, había evacuado Vauchamps, y tomado posición un poco más atrás hacia el camino de Montmirail.

A las nueve de la mañana del 14, habiéndose juntado Napoleón con Marmont, se resolvió á tomar la ofensiva. El mariscal Marmont al abandonar Vauchamps se había establecido en una altura cubierta de monte en cuya cima había colocado su artillería. Blücher marchando con su confianza acostumbrada, mandó adelante la división prusiana de Ziethen para que le precediera en Montmirail. Esta división apenas salida de Vauchamps fué recibida por un violento fuego de artillería que le causó grandes pérdidas y le obligó á volver al pueblo. Inmediatamente después Marmont dirigió la división Ricard sobre Vauchamps á fin de tomar esa aldea, y gracias á los montes próximos, trató de flanquear al enemigo, á la izquierda con la caballería del general Grouchy, y á la derecha con la división de infantería de Lagrange.

Ejecutadas estas disposiciones con un vigor extraordinario, encontraron sin embargo grandes dificultades. La división Ricard penetró en Vauchamps, y hallando á la división Ziethen muy resuelta á defenderlo, se vió obligada á replegarse. Volvió á la carga, penetró por segunda vez en Vauchamps, y mucho le habría costado sostenerse sin los movimientos ordenados hacia los dos flancos del pueblo. Grouchy, después de haber dado un rodeo por los montes, se adelantó á Vauchamps por la izquierda, en tanto que la división de infantería de Lagrange se adelantaba por la derecha atravesando el bosque de Beaumont. Blücher, sospechando la presencia de Napoleón por la resolución y unidad de los movimientos que se operaban en su rededor, tomó el partido de retirarse, pero ya no era tiempo de hacerlo impunemente.

Por una parte, la infantería de Ricard intentó un postrer esfuerzo contra Vauchamps, dispersando á la división Ziethen; y por el otro Grouchy, subiendo de repente los bosques, amenazaba cortar la retirada.

Esta división, formada en cuadros, quiso al pronto sostenerse contra nuestra caballería; pero cargada á fondo por los escuadrones de Grouchy, fué desbaratada y en parte tuvo que rendir las armas. El resto huyó hacia el grueso de las tropas prusianas. Nuestra caballería hizo unos dos mil prisioneros, y recogió doce cañones y varias banderas. Unos mil hombres muertos ó heridos quedaron en Vauchamps y las cercanías.

Pero Napoleón se prometía más ventajas contra el cuerpo de Blücher; y así fué que ordenó su persecución sin descanso y dirigió en persona esta persecución durante la mitad del día. Marmont, teniendo á la mano la división de infantería Ricard y Lagrange, apoyadas además por la división de España Leval, y la infantería de la guardia, se puso en marcha por la carretera que de Montmirail pasa por Vauchamps y Champaubert á Chalóns. Tenía á su frente la artillería de la guardia mandada por Drouot y sobre las alas la caballería de Grouchy por una parte y por la otra la de la guardia con la del general Saint-Germain. En este orden persiguió á Blücher que se retiraba en dos masas compactas, la de Kleist á la izquierda del camino, y la de Capzewitz á la derecha, con su artillería y sus trenes por la calzada. El general prusiano tenía poca caballería para proteger su infantería.

Desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde continuaron esta persecución cubriendo al enemigo de balas de cañón y de metralla. Así le llevaron hasta Janvillers, Fromentieres y Champaubert. En el camino notaron que de sus batallones apostados en el bosque se habían quedado rezagados; los envolvieron y tuvieron que rendirse. Al mismo tiempo Grouchy, viendo que para coger en todo ó en parte á las dos masas enemigas que seguían las orillas del camino, era preciso adelantarlas á la entrada de los bosques que rodean á Etoges, imaginó lanzarse á escape por esos bosques para llegar antes que Blücher. Así lo hizo, ordenando á la artillería ligera que se reuniese con él lo más pronto posible. En tanto que ejecutaba este movimiento, á cada pausa cañoneaban á las dos columnas de Blücher, y ya las habían perseguido de ese modo hasta el anochecer, cuando vieron que se detenían de repente y alzaban sus bayonetas. Era que Grouchy se había adelantado á ellas y las había atacado á la izquierda, en tanto que el general Saint Germain las atacaba por la derecha con la caballería recién llegada de Versailles. Blücher, colocado en medio de su infantería, hizo cuanto pudo para comunicarla su energía, y consiguió llevarla en buen orden hasta la entrada de Etoges, pero no sin sufrir pérdidas considerables. El general Grouchy, aunque privado de su artillería que no había podido seguirle, cargó repetidas veces á esa infantería y penetró en sus filas sable en mano, en tanto que el general Saint-Germain hacía otro tanto por su parte. Así dejaron tendidos en el campo, sólo con el arma blanca, algunos centenares de hombres y cogieron más de dos mil sin contar mucha artillería y banderas. Al llegar á la orilla de los bosques delante de Etoges hubo que detenerse.

Siete mil hombres había perdido Blücher, entre muertos, heridos y prisioneros; pero Marmont se proponía aumentar estas pérdidas. Pensaba que el general prusiano quería pernoctar en Etoges, que sus tropas sin aliento se dispersarían confusamente en torno de la al-

dea ó en el bosque cercano, y que al aparecer de repente en medio de ellas durante la noche, podía ponerlas en desorden y sobre todo arrojarlas más allá de Etoges á la falda de la altura en donde estaban combatiendo hacía días. Destinado, según las apariencias, á guardar de nuevo esta posición, en tanto que Napoleón pasaba á combatir en otra parte, Marmont quería establecerse dentro de Etoges, desde donde podía dominar el camino de Vertús. En su consecuencia resolvió intentar contra Blücher un ataque nocturno.

Sin embargo tenía pocas fuerzas á su disposición, porque sus soldados se habían dispersado ya por los campos á buscarse la vida. Le seguía la división del general Leval que Ney pretendía tener bajo sus órdenes. Después de un altercado bastante fuerte con este mariscal, tomó un destacamento á esa división, y con uno de sus regimientos de marina se internó en los bosques á favor de la obscuridad y luego cayó de repente sobre Etoges, en el momento en que el enemigo rendido de cansancio comenzaba á disfrutar un poco de reposo. Este ataque imprevisto tuvo un éxito completo. Prusianos y rusos, asaltados antes de haberse podido poner en defensa, fueron arrojados de Etoges, y en medio de la noche tuvieron que huir hacia Bergeres y Vertús. Cogieron una buena parte de las tropas del general ruso Orosoff y á este general con su estado mayor. Esta última parte de la jornada le costó más de dos mil hombres al cuerpo de Blücher y mucha artillería.

La jornada del 14 llamada de Vauchamps hizo, pues, perder á Blücher de nueve á diez mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

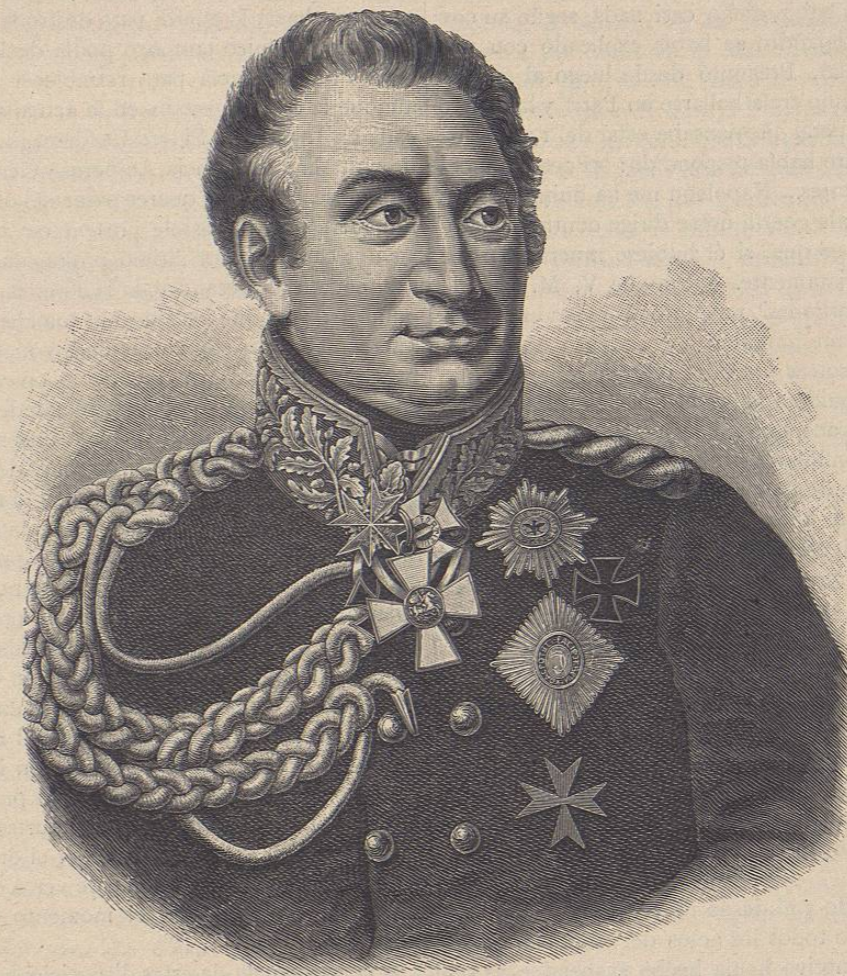
No era posible terminar de un modo más digno esa serie de operaciones admirables. Salido el 9 de Nogent del Sena y llegado el 10 á Champaubert, Napoleón había cogido ó destruido en este día el cuerpo de Olsouviéff; había batido el 11 en Montmirail al cuerpo de Sacken; había destrozado y rechazado el 12 hasta Chateau-Thierry el cuerpo de York; había empleado el 13 en restablecer el puente del Marne para enviar á Mortier en persecución del enemigo, y el 14, corriéndose hacia Montmirail, había atacado á Blücher que se ofrecía á sus golpes torpemente como para proporcionarle la ocasión de derrotar al último de los cuatro destacamentos del ejército de Silesia. De este modo, casi sin batalla, en cuatro combates consecutivos, Napoleón había desorganizado enteramente el ejército de Silesia, le había cogido unos veintiocho mil hombres de sesenta mil, con más una numerosa artillería y banderas, y había castigado cruelmente al más presuntuoso, más valiente y más encarnizado de sus adversarios. Podía estar orgulloso de su ejército y de sí mismo, y de los últimos destellos de su milagrosa estrella, ¡milagrosa hasta en la desgracia!

Napoleón dirigió en seguida hacia París los diez y ocho mil prisioneros que había hecho á fin de que la capital les viera con sus propios ojos, y que al contemplar esos trofeos dignos de la guerra de Italia, creyese aún en el genio y la fortuna de su emperador.

París había sabido sucesivamente los inesperados triunfos de Napoleón, y excepto algunos corazones extraviados por el espíritu de partido ó por el odio al despotismo imperial, todo el mundo se había regocijado cordialmente. El anuncio de las columnas de prisione-

ros había excitado vivamente á los parisienses, que esperaban verlos desfilar por el boulevard dentro de dos ó tres días. Pero apenas se habían atrevido á entregarse á la alegría, pues en tanto que sabían que Blücher y sus capitanes habían sido derrotados en Champaubert, en Montmirail, en Chateau-Thierry y en Vauchamps, recibían la noticia de que Schwartzberg estaba próximo á forzar el Sena de Nogent á Montereau, y que los cosacos de Platow habían aparecido en el bosque de Fon-

Marne, los soberanos aliados habían pasado á Troyes, y sus ejércitos, que iban delante, habían ocupado el Sena, de Nogent á Montereau, y aun habían tratado de extenderse hasta el Yonne á fin de resguardarse contra el peligro de encontrarse adelantados á su izquierda por el enemigo. El gran ejército de Bohemia abrigaba la pretensión de marchar hacia París por entrambas márgenes del Sena, por Fontainebleau y Melún, en tanto que el ejército de Silesia siguiendo el Marne llegaría á



Kleist de Nollendorf

tainebleau. La infortunada ciudad de cuyo seno se había esparcido el terror durante veinte años hacia todas las capitales, se hallaba presa á su vez de las angustias más crueles. Ni aun la victoria podía servirle de escudo contra sus temores, pues apenas un enemigo era derrotado en el Marne, otro se presentaba en el Sena; apenas se había tranquilizado por el lado de Meaux, cuando tenía motivos para espantarse por el lado de Melún y de Fontainebleau. De París se mandaban á Napoleón vivas instancias para que se corriese al Sena. Este motivo le había hecho abandonar á Marmont antes del fin de la jornada de Vauchamps y le había obligado á volverse á Montmirail para dar nuevas órdenes y preparar nuevos combates.

He aquí ahora lo que había pasado en el grande ejército del príncipe de Schwartzberg. Mientras Napoleón había dejado el Aube y el Sena para marchar al

la capital por Meaux. La esperanza de entrar en París inflamaba la imaginación de Alejandro. En tanto que el emperador Francisco vivía modestamente en Troyes, viendo á poca gente, sin frecuentar más que á Mr. de Metternich, el emperador Alejandro, devorado por una actividad febril, iba de un cuerpo á otro de ejército, afectando dirigirlo todo y recomendando sin cesar á Blücher que le esperase antes de entrar en París. El rey de Prusia, para agradar á los patriotas de su estado mayor, se prestaba á todos los movimientos de su aliado, pero con la torpeza de un hombre sensato que no servía para hacer aquel papel tan vano y tan lleno de agitación. En este estado los halló un testigo ocular digno de fe, el valiente y entendido general Reynier, que fué canjeado por el general conde de Merveldt (ambos habían sido hechos prisioneros en Leipsick), y que á consecuencia de este canje pasó por Troyes de regreso á París.

El general Reynier, presentado á los monarcas aliados, los había escuchado y había recogido sus palabras con mucha atención (1). El emperador Francisco le encargó que repitiera á su yerno un consejo que ya le había dado muchas veces, á saber, que cediera á la fortuna, que abandonara lo que exigían de él, puesto que no podía conservarlo, y que considerase los destinos del Austria en el momento actual para aprender que someterse á las duras necesidades del presente no era con frecuencia más que un medio de salvar el porvenir. El rey de Prusia no había dicho casi nada, según su costumbre. Pero Alejandro se había explicado con una animación singular. Preguntó desde luego al general Reynier que cuando creía hallarse en París, y habiendo respondido el general que pensaba estar del 14 al 15 de febrero, Alejandro había respondido: «Pues entonces Blücher llegará antes... Napoleón me ha humillado, yo le humillaré á él; la guerra no se dirige contra la Francia, y la prueba es que, si él hubiese muerto, yo me detendría inmediatamente. —¿Conque V. M. hace la guerra por los Borbones?, preguntó el general Reynier. —Los Borbones me importan poco, repuso Alejandro; elegid un jefe vosotros entre los ilustres generales que tanto han contribuído á la gloria de la Francia, y estamos dispuestos á aceptarlo.» Alejandro, descendiendo entonces á las confidencias más singulares, le dejó entrever el proyecto de imponer Bernadotte á la Francia, como cuarenta años antes Catalina impuso Poniatowski á la Polonia. Al oír esto, el general Reynier dejó confuso al zar manifestándole el desprecio que los militares franceses habían concebido respecto á la conducta y los talentos del nuevo príncipe sueco. Alejandro, sorprendido y descontento, despidió al general Reynier, que salió inmediatamente para París y ofrecía su espada á Napoleón, oferta bien meritoria en tales circunstancias, pues había rechazado las proposiciones más lisonjeras de Alejandro para permanecer fiel á la Francia en la desgracia. El general Reynier era suizo de nacimiento, pero por el corazón y por los servicios era francés.

El orgullo herido y el deseo de venganza inspiraban en aquel momento todos los actos del emperador Alejandro. Por este motivo había hecho suspender las sesiones del congreso, fundándose para no continuarlas en que Mr. de Caulaincourt no había aceptado inmediatamente las proposiciones de Chatillón. Sobre este punto mostraba una resolución tenaz y no quería que se tratase. Mr. de Metternich, apoyado por lord Castlereagh, se oponía con todas sus fuerzas á esta voluntad de Alejandro. El ministro austriaco, persistiendo en su política de no proseguir una lucha que más allá de cierto término sólo aprovecharía á la preponderancia de la Rusia, y dispuesto el ministro inglés á detenerse si le abandonaban Amberes y Génova, se había valido para resistir al emperador Alejandro de la carta que Mr. de Caulaincourt había dirigido secretamente á mon-

(1) Apenas llegado á París el general Reynier redactó con estas comunicaciones un parte fiel que fué enviado inmediatamente á Napoleón. Este parte, uno de los documentos más curiosos de la época, es digno de toda confianza, pues el general Reynier era incapaz de alterar la verdad, y además su parte coincide con todo lo que nos dicen acerca del cuartel general de los soberanos los despachos diplomáticos franceses y extranjeros. (N. del A.)

sieur de Metternich, y en la que preguntaba si podría obtener al menos una suspensión de armas admitiendo las bases propuestas.

Apoyados en esta carta habían dicho que, estando dispuesta la Francia á ceder á los deseos de los aliados, no había motivo para llevar más adelante las hostilidades, y que empeñarse en esto era correr riesgos inútiles para alcanzar un fin que no podía ser el objeto declarado de ninguna de las potencias coligadas. Efectivamente, el emperador Francisco no podía decir á la Europa que hacía la guerra para destronar á su hijo; y el gabinete británico tampoco podía declarar en el parlamento que la hacía para restablecer á los Borbones, aunque la opinión estaba en la actualidad muy modificada en Inglaterra. Si lord Castlereagh, dueño entonces de quitarle á la Francia Amberes y Génova, se exponía á un descalabro por querer pasar del objeto propuesto, le habría sido imposible presentarse ante ninguna de las dos cámaras. Por último, prolongando las hostilidades, podían interesar á toda la Francia, y ya en muchos puntos se veía que los aldeanos tomaban las armas, que interceptaban las comunicaciones y mataban á los hombres aislados; peligro que debía crecer y que debía aumentar hasta lo sumo las dificultades de aquella lucha encarnizada. Como se tenía una necesidad indispensable de las tropas del Austria y del dinero de Inglaterra, y como Mr. de Metternich lo mismo que lord Castlereagh habían desplegado en esta ocasión una firmeza extraordinaria, consintieron en proseguir las conferencias, y enviaron á los plenipotenciarios reunidos todavía en Chatillón un proyecto de preliminares cuya adopción debía hacer cesar las hostilidades inmediatamente, pero que era tan humillante en la forma que le consideraban como equivalente á la entrada en París. Era un consuelo que quisieran dar al emperador Alejandro. Éste se había contentado con la esperanza de que Napoleón no aceptaría el nuevo proyecto, y entretanto apremiaba al príncipe de Schwartzberg para que marchara á París á fin de no tener el disgusto de llegar detrás del mariscal Blücher, ó de verse detenido por la conclusión de la paz en el momento de tocar á sus puertas.

A consecuencia de estas disposiciones el príncipe de Schwartzberg había avanzado paralelamente al Sena de Nogent á Montereau, dirigiendo los cuerpos de Wittgenstein y del mariscal de Wrede hacia Nogent y Bray, los wurtembergueses hacia Montereau, y las tropas de Colloredo y de Giulay hacia el Yonne, con orden estas últimas de atravesar el río y de llegar á Fontainebleau. Las reservas rusas y prusianas se habían quedado bajo el mando de Barclay de Tolly entre Troyes y Nogent. Habiéndose presentado Wittgenstein y Wrede en Nogent y Bray, fueron recibidos en Nogent por el general Bourmont que el mariscal Víctor había dejado allí con mil doscientos hombres. El general, después de un combate heroico, los rechazó con una pérdida de mil quinientos hombres. Pero en Bray no encontraron más que guardias nacionales y consiguieron forzar el paso. El mariscal Víctor, al ver el paso del Sena forzado en Bray, no se atrevió á quedarse detrás en Nogent y se retiró á Provins y Nangis. El general Oudinot, arrastrado en este movimiento retrógrado y sin tener más que la división Rothembourg para hacer

frente, siguió la retirada del mariscal Víctor y entrambos fueron á tomar posición al riachuelo de Yeres que atravesaba la Brie y entra en el Sena cerca de Villeneuve-Saint-Georges. Los dos mariscales, colocados detrás del riachuelo, esperaban allí á que Napoleón llegara en su socorro. El valiente general Pajol, que no se había apeado del caballo á pesar de las heridas que se le habían abierto de nuevo, no podía sostenerse en Montereau cuando Bray y Nogent estaban abandonados; había recogido al general Alix que acababa de defender á Sens con la mayor energía, y se había replegado del Yonne al canal de Loing y del canal de Loing á Fontainebleau.

De este modo el 14 de febrero, día en que Napoleón terminaba la derrota del ejército de Silesia, las tropas del ejército de Bohemia se encontraban colocadas de esta manera: el príncipe de Wittgenstein en Provins, el mariscal de Wrede en Nangis, los wurtembergueses en Montereau, el príncipe de Colloredo en el bosque de Fontainebleau, el general Giulay en Pont-sur-Yonne, los cosacos en las cercanías de Orleans, Mauricio de Lichtenstein con las reservas austriacas en Sens, y por último, Barclay de Tolly con la guardia rusa y prusiana en segunda línea entre Nogent y Bray. Algunas noticias de las derrotas de Blücher habían llegado al campo de los aliados; pero se ignoraba la importancia de ellas y se lisonjeaban de poder llegar hasta París por Fontainebleau á Melún.

Sabedor de este mal estado de las cosas, Napoleón con su prodigiosa actividad, que sólo tenía por límites las fuerzas físicas de sus soldados, se corrió en seguida de Vauchamps á Montmirail, seguido de la guardia joven y vieja y de toda la caballería.

Dejó al mariscal Marmont el cuidado, que le había confiado ya, de mantenerse entre el Sena y el Marne desde Etoges hasta Montmirail, de observar los restos de Blücher y de dar la mano á Mortier, que ya había sido enviado en persecución de Sacken y de York hacia Soissons. Después tomó sus disposiciones para pasar el Sena y hacer frente al príncipe de Schwartzberg.

Una grave cuestión se ofrecía en aquel momento al espíritu de Napoleón. ¿Se debía ir en derechura de Montmirail á Nogent por Sezanne (camino que ya se había hecho), para llegar al Sena por la vía más corta y caer así de repente sobre el flanco del príncipe de Schwartzberg, ó bien, siguiendo el movimiento retrógrado de los mariscales Víctor y Oudinot, que aún debían suponerse más lejos de las últimas noticias, se debía retroceder hasta las márgenes del Yeres, á fin de recoger á los dos mariscales, y en unión con ellos atacar de frente al príncipe de Schwartzberg para rechazarle sobre el Sena que había atravesado? Si en la guerra fuera siempre posible conocer á tiempo los planes del enemigo, seguramente Napoleón habría sabido que las tropas del ejército de Bohemia estaban diseminadas entre Provins, Nangis, Montereau, Fontainebleau y Sens, y entonces arrojándose en medio de ellas con veinticinco mil hombres por el camino de Sezanne á Nogent, que era el más corto, habría cogido de flanco á los cuerpos dispersos del enemigo, se habría unido por la derecha con Víctor y Oudinot, habría derrotado sucesivamente á Wittgenstein y á Wrede arrojándolos sobre el príncipe de Wurtemberg, y luego á los tres

sobre el príncipe Colloredo, y hubiera destruído ó tomado una parte de las fuerzas que habían pasado el Sena (1). Pero Napoleón, que había empleado cinco días en derrotar al ejército de Silesia, ignoraba lo que había pasado en el ejército de Bohemia, y en la ignorancia de los sucesos, debía obrar en virtud de aquello que le parecía más verosímil. Ahora bien: lo más verosímil era que los mariscales, después de haber retrocedido mucho, habían retrocedido más aún, deteniéndose cuando más detrás del riachuelo de Yeres; que Schwartzberg se hallaría en su presencia, atacándolos con ochenta mil hombres lo menos; que quizá los había derrotado ya, y en este caso, marchando Napoleón directamente hacia Nogent ó Provins con veinticinco mil hombres, se exponía á que Schwartzberg se volviera hacia él y le hiciera sufrir un gran descalabro antes que se reuniera con los dos mariscales. Además todos los caminos de atajo de Montmirail á Nogent y de Montmirail á Provins estaban intransitables; los hombres podían quedarse submergidos en el fango. Por esta razón, que era poderosa, y por motivos de prudencia, lo más seguro era, en lugar de correr al Sena en derechura, retroceder hasta el Yeres como habían hecho los mariscales, reunirse con ellos por la carretera empedrada de Montmirail á Meaux, de Meaux á Fontenay y Guignes, y de formar con esta reunión una masa de sesenta mil hombres que bastaba para operar contra el príncipe de Schwartzberg. En lugar de atacar de flanco al generalísimo austriaco, le atacarían de frente; pero podía suceder que, en vez de hallarle en una sola masa, le encontraran diseminado en varios cuerpos, y en este caso no sería imposible tratarle como acababan de tratar á Blücher.

Este plan era el único sensato, y Napoleón, que en la guerra unía siempre la sensatez á la osadía, no vaciló en adoptarlo. Aquella misma tarde ordenó á su guardia joven y vieja, infantería y caballería, á la división de España Leval y á la caballería del general Saint-Germain, que ejecutaran en la mañana siguiente, 15, una marcha forzada hasta la Ferté-sous-Jouarre, y él partió para Meaux á fin de vigilar el movimiento de sus tropas.

Llegado en la tarde del 15 á Meaux, allí tomó sus últimas medidas. El mariscal Macdonald, después de

(1) Respondo aquí á la infundada reconvección que el general Koch en su excelente y concienzuda obra sobre la campaña de 1814 dirige á Napoleón porque no marchó directamente de Montmirail á Provins, en lugar de retroceder hasta Meaux. El general Koch, siempre ilustrado é imparcial, es el único escritor de aquella época que merezca confianza; sin embargo, á veces se ha engañado, sobre todo cuando no ha tenido á la vista la correspondencia imperial, lo que le ha impedido conocer y apreciar los motivos de las determinaciones que examina. Hemos dicho á menudo que á Napoleón se le debe juzgar con la mayor reserva, y hay que tener presente que cuando se engaña, lo que no le sucede casi nunca en sus combinaciones militares, es porque le mueve su pasión política ó porque se halla en una ignorancia forzosa de lo que hacía el enemigo. Pero, en las demás circunstancias, se puede afirmar que sus movimientos están calculados con una profundidad y un acierto incomparables. Preciso es, pues, antes de pronunciarse, haber leído todo lo que queda de sus intenciones escritas y decirse, cuando no se encuentran sus motivos en las dos causas que acabamos de señalar, que se encontrarán en los hechos estudiándolos mejor. Es muy raro, en efecto, que al estudiarlas más no se encuentre en ellos nuevas razones para admirar su genio, mientras se deplora la política inmoderada que causó su pérdida. (N. del A.)